

colorchecker CLASSIC



x-rite



Fiesta Literaria

celebrada en la ciudad de Toledo
el día 7 de Abril de 1914, con
motivo del III Centenario del
insigne pintor cretense

DOMINICO THEOTOCÓPULI



ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE MAURICIO S. GÓMEZ,
= CARRETAS, 3 Y 5.-TOLEDO =

548

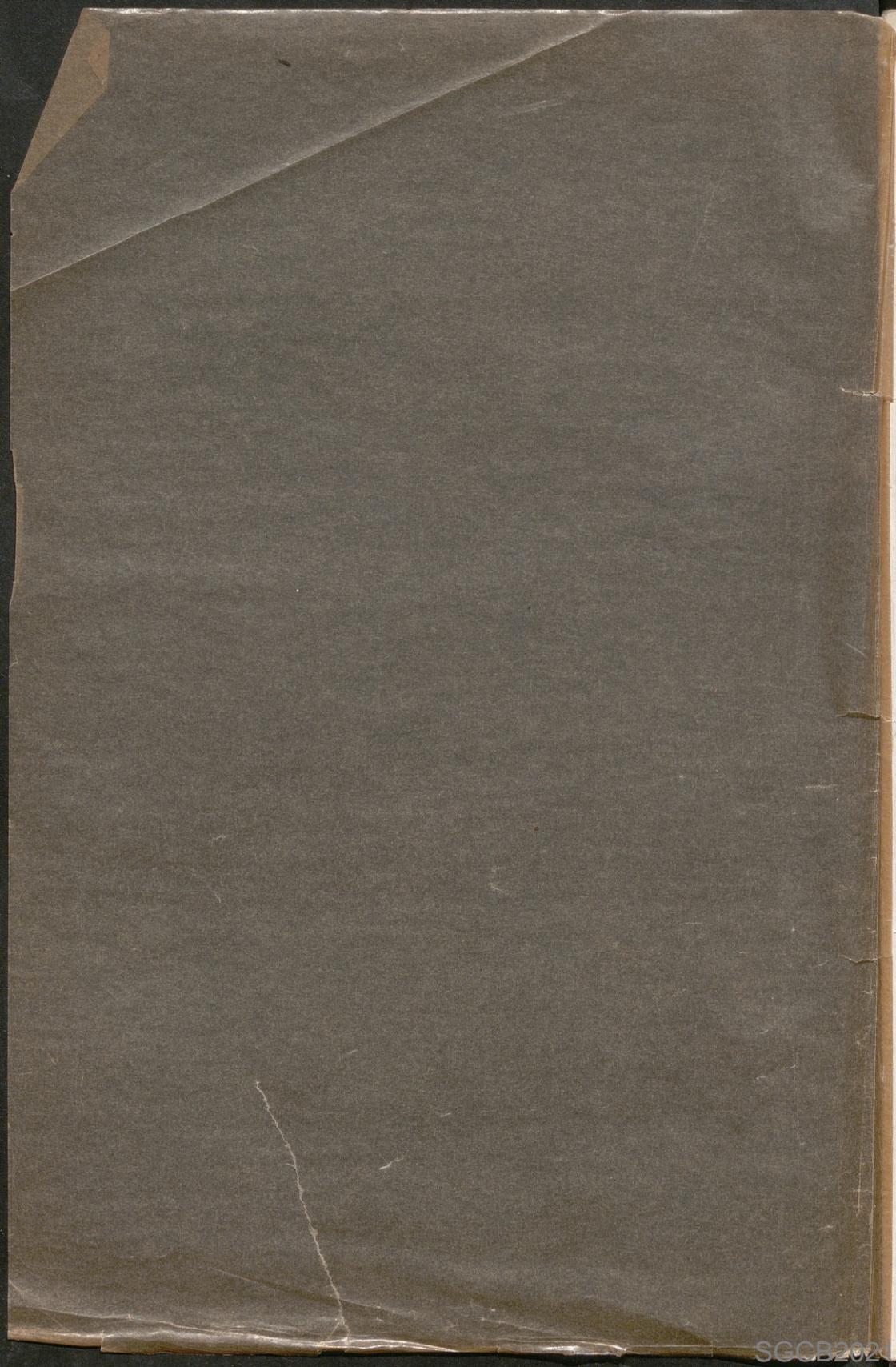
2433 C 15



III
CENTENARIO
EL
GRECO.
MCMXIV.

MUSEO
REPRODUCCIONES ANTICORAN
S. MARTIN

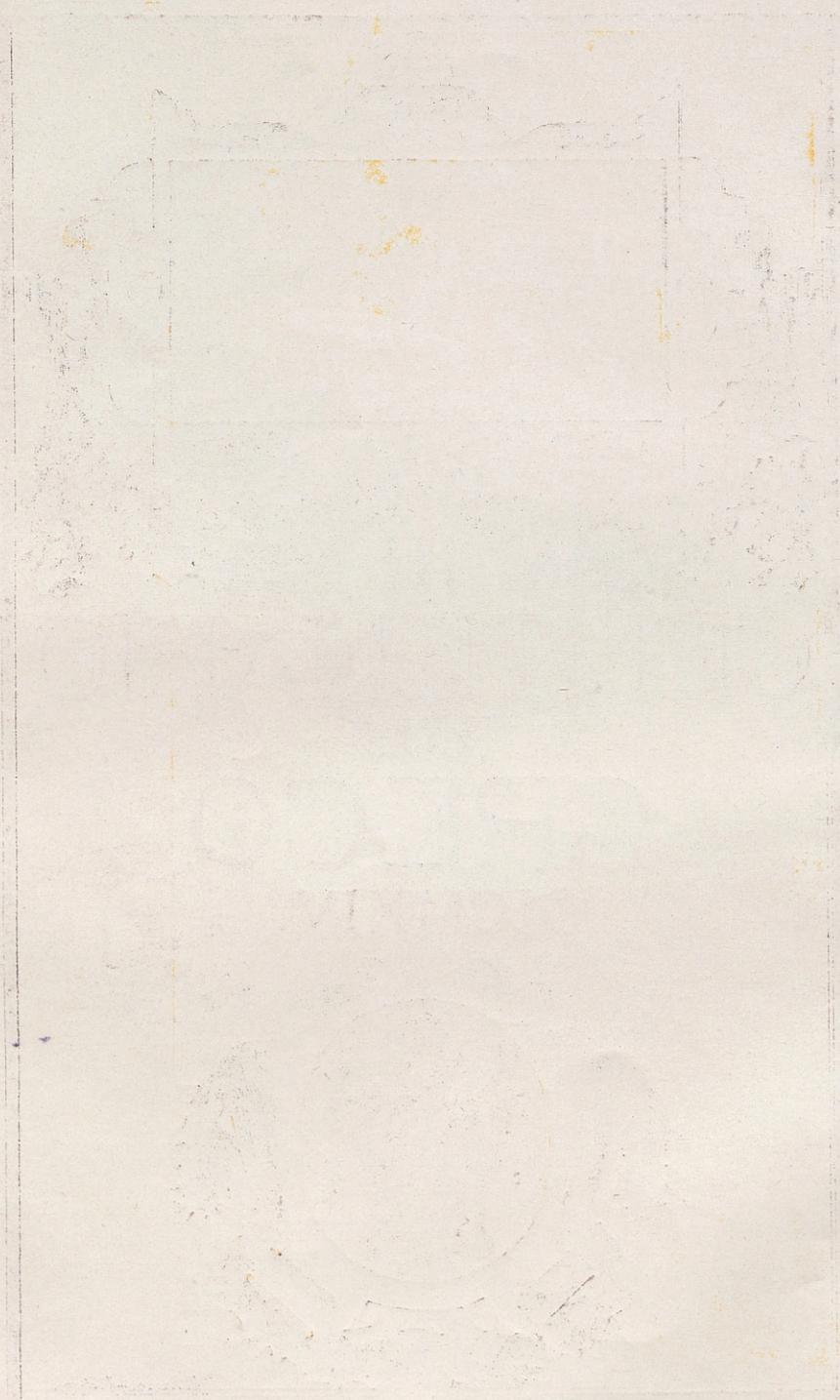
B.S. Comandador



548

2733 FAC 15







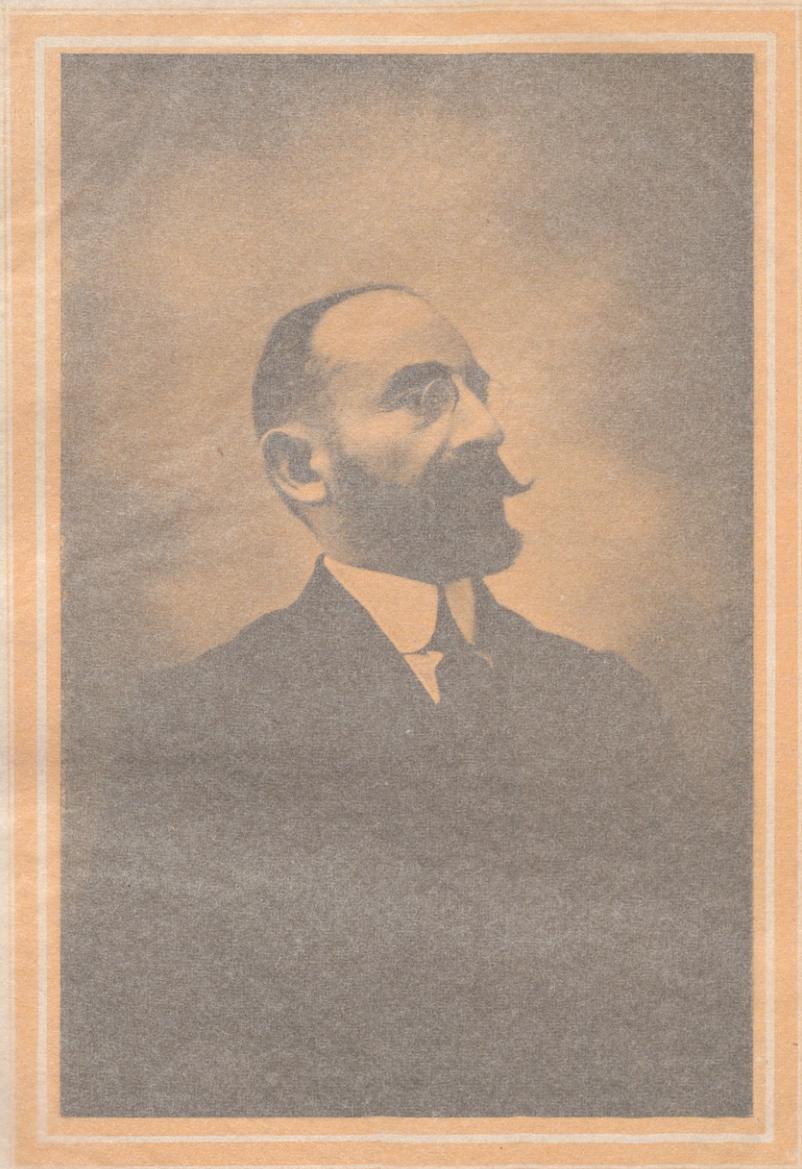
Fiesta Literaria

celebrada en la ciudad de Toledo
el día 7 de Abril de 1914, con
motivo del III Centenario del
insigne pintor cretense

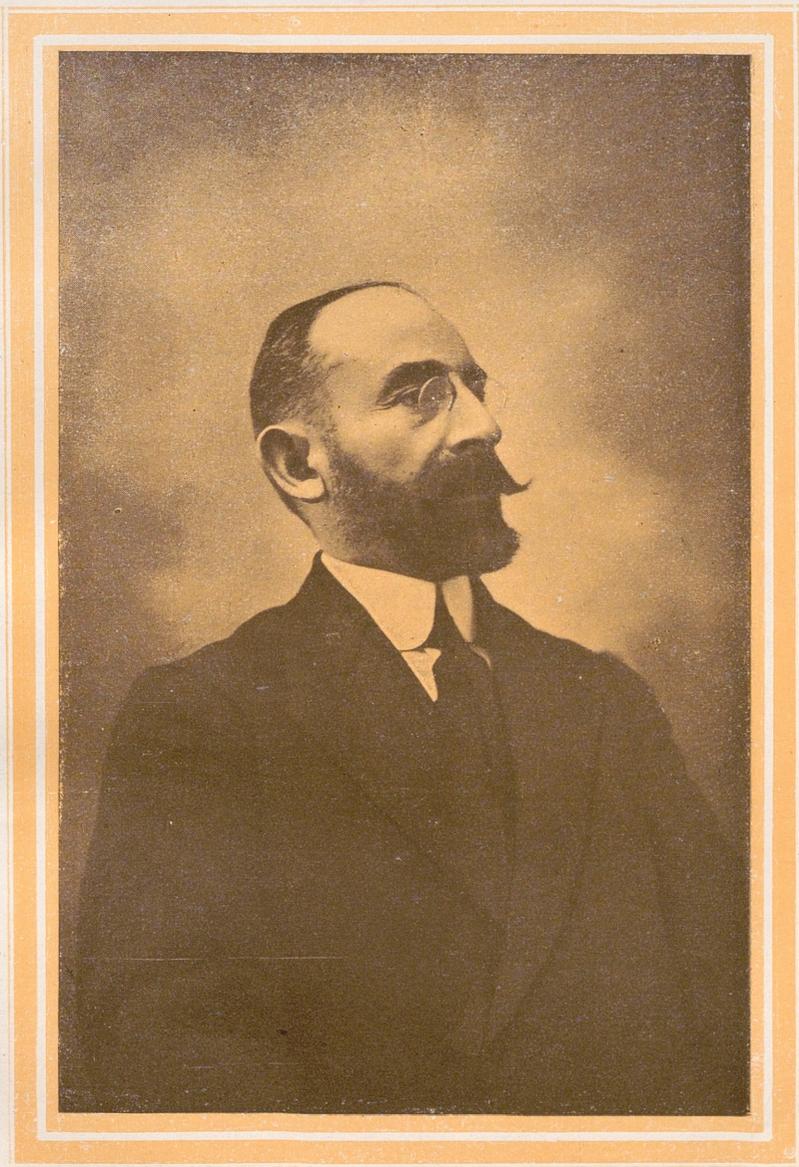
DOMINICO THEOTOCÓPULI



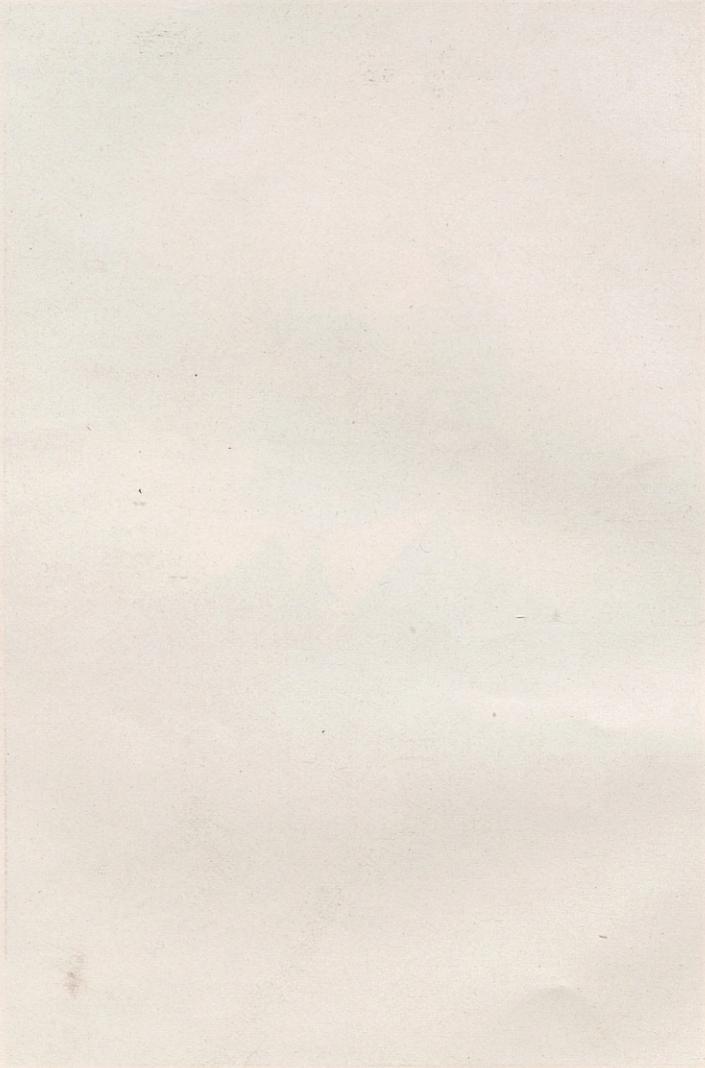
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFI-
CO DE MAURICIO S. GÓMEZ,
= CARRETAS, 3 Y 5.-TOLEDO =



D. Miguel Fernández Gi-
ménez, Gobernador civil
de Toledo



D. Miguel Fernández Gi-
ménez, Gobernador civil
===== de Toledo =====



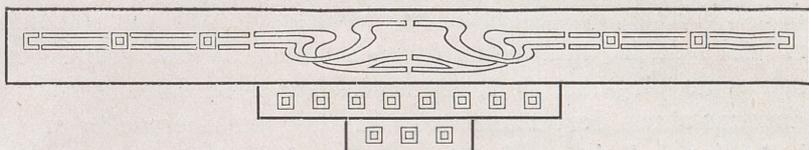
THE UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY



Discurso del Gobernador
civil D. Miguel Fernández

===== Giménez. =====





Señoras y Señores:

Perdonad que sea mi torpe palabra la primera que se deje escuchar esta noche en la memorable solemnidad que celebramos. No es ello por méritos propios, que me apresuro á confesar que no poseo, sino por indeclinable deber del cargo que inmerecidamente desempeño, y por la honrosísima representación del Sr. Ministro de Instrucción pública que traigo á este sitio. A ellos debo exclusivamente el señalado honor de presidir esta hermosísima fiesta, cuyo recuerdo perdurará siempre en mi alma y creed, señores, que de tal suerte me impresiona y domina el convencimiento de que es empeño superior á mis fuerzas, que necesito persuadirme á mí mismo de que ello es deber inexcusable de mi cargo, y que cuento, además, con vuestra cariñosa benevolencia, para no rendirme ante la magnitud de la empresa, como el guerrero cobarde al que abatiera el peso de sus propias armaduras. (*Aplausos*).

He de ser muy breve; he de decir sólo las palabras precisas para asociar el nombre del Gobierno á esta solemnidad espléndida y grandiosa, con que Toledo, reverdeciendo inmarcesibles lauros de su gloriosa tradición artística, rinde fervoroso homenaje á la memoria del insigne pintor de Creta. Tampoco podría hacer otra cosa, aunque me lo propusiera. Carezco de conocimientos técnicos para ejercer la crítica artística, y me sería imposible iniciaros en los misterios, por cuya virtud el poeta con sus cantos, el músico con sus melodías, el pintor con sus creaciones maravillosas, el escultor dando vida á las piedras y

á los bronce, y el arquitecto condensando el pensamiento religioso de las multitudes en esas soberbias catedrales, que son como plegarias de las generaciones á su Dios, inflaman nuestras almas despertando en ellas la intensa emoción de lo bello; los éxtasis arrobadores de lo sublime; los transportes maravillosos de lo deleznable y terreno á lo espiritual y eterno. (*Aplausos*).

Yo formo parte de ese inmenso vulgo que, sin razonarlo, siente la emoción de la belleza, en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, viendo en todas ellas como destellos y reflejos de la omnipotencia del Creador y á semejanza del poeta que, al contemplar en la melancólica soledad de los campos, cómo surgía y se elevaba majestuosa tras los montes la callada luna, exclamaba: «¡Póstrate, humanidad, que el gran Sacerdote eleva la inmaculada Hostia á los cielos!» Yo exclamo también, poniendo mi espíritu de rodillas ante las creaciones maravillosas del arte: ¡Póstrate, humanidad, ante los elegidos del Señor, en cuyas frentes ha encendido con su dedo la llama poderosa é inextinguible del Genio! (*Grandes aplausos*).

Toledo: la por tantos títulos gloriosísima ciudad, inmenso relicario en que se guardan las más preciadas obras de las diferentes civilizaciones nacidas en el transcurso de nuestra historia patria, y broche diamantino que une los extremos de aquella cadena de oro que labraron, durante siete siglos, los portentosos esfuerzos de nuestra raza, realizando aquella gloriosa epopeya que comienza en las agrestes cumbres de Covadonga y termina en los aportillados y derruidos muros de mi Granada, renueva hoy sus lauros y abriga sus timbres inmortales, atrayendo, con la celebración de este Centenario, las miradas de cuantos en Europa y América rinden fervoroso culto al arte. (*Muy bien, muy bien*).

Al hacerlo así, Toledo hace más, mucho más que obra toledana; Toledo hace patria y Toledo hace obra española, porque esparce por todos los ámbitos la fama de nuestros tesoros artísticos y contribuye á nuestra exaltación como pueblo amante de sus prestigios, de sus tradiciones y de sus glorias. Y al hablar de obra española, no creería yo que había cumplido con mi deber sino asociara á esta solemnidad un nombre excelso, que es siempre el primero en todos los empeños españoles, sean de

la clase que sean; el nombre augusto de nuestro egregio Monarca D. Alfonso XIII. (*Grandes aplausos*).

Y por fin, perdonarme que termine, resumiendo en una breve síntesis lo que estas espléndidas y brillantes fiestas significan; que compendie en tres palabras el nervio vigoroso de estas solemnidades memorables:

¡Toledo por el Arte; por España, y por el Rey!





D. Emilio Bueno Galán,
Segundo Teniente de Al-
calde, Secretario general
de la Junta organizadora
— del Centenario —

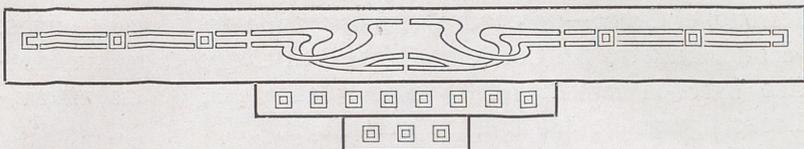


D. Emilio Bueno Galán,
Segundo Teniente de Al-
calde, Secretario general
de la Junta organizadora
— del Centenario —



□ Memoria leída por el
Secretario general de la
Comisión organizadora del
Centenario D. Emilio
Bueno □ □ □ □ □ □ □





Permitidme que antes de todo, y en alas del pensamiento, mi primer saludo sea para rendir el debido homenaje de respeto, como español y como caballero, ante el trono de nuestros amados Monarcas D. Alfonso XIII y D.^a Victoria Eugenia de Battemberg.

Séame dado llegar, siquiera sólo con la imaginación, á sus reales pies y testimoniar humildemente el agradecimiento de esta imperial ciudad á su augusto Rey, que, aceptando el título de Presidente de honor de este Centenario, añadió un nuevo blasón al escudo de las águilas imperiales: Yo, en nombre de Toledo, le ofrezco, no el artístico *bouquet*, sino el humilde ramo literario de esta Memoria, como demostración sincera y respetuosa á su regia persona, al tiempo que de mi alma sube hasta mis labios el más entusiasta saludo envuelto entre las palabras de «*Viva el Rey.*»

Señoras: Señores.

Fecha imborrable en los anales de la historia del siglo actual, ha de ser ésta, en que una nación conmemora la gran trilogía simbolizada en un pueblo, un pintor y un cuadro.

Un pueblo, cuyo nombre brilló y brillará siempre esculpido con letras de oro en las páginas más gloriosas del arte; Toledo—un pintor que en su admirable inspiración supo encarnar en sus obras con misterioso dualismo, lo espiritual y lo

terreno; el Greco—un cuadro, el más grande de todos los suyos, «El del Entierro del Conde de Orgaz», en el que el artista idealizó hasta la espiritualidad, todas y cada una de las maravillosas figuras de sus ignotos personajes.

Abrumado, empequeñecido me encuentro en este acto, como se encontraría el fatigado caminante que marchó sin descanso por el arenoso desierto, y al término de su viaje, se encontró al pie de las graníticas pirámides y contemplaron sus absortos ojos la gran esfinge. Para mí, la gran esfinge es Toledo; las pirámides, sus ruinosos monumentos. ¡Toledo! el simbolo de toda una grandeza pasada, la histórica ciudad de los Concilios, de los Arzobispos y de los Reyes, el solar nobiliario de la Monarquía, el códice preciado de los más augustos monumentos, de las Monarquías visigóticas, de las Soberanías musulmanas y los Imperios españoles; nunca pude soñar que mi humilde palabra habría de alzarse en este templo del arte, perfumado y embellecido hoy por la distinguida concurrencia de hermosas damas; nunca hubiese creído que mi pobre decir, pudiera ser heraldo de oradores ilustres, por eso nunca como hoy, quisiera tener el ritmo mágico de los grandes poetas, para suavizar en parte las asperezas, que en un corto espacio de tiempo os he de hacer sentir con la lectura de estas mal zurcidas páginas, en las que á falta de estrofas vibrantes y de elevados pensamientos, puse toda mi fe, mis entusiasmos todos y los sentires más tiernos de mi alma.

¡Dominico Theotocópuli, el Greco! Divino nombre, que aureolado por la gloria más esplendente, traspasó los umbrales de la inmortalidad haciendo llegar hasta nosotros las concepciones más asombrosas de su imaginación artista, trasladadas al lienzo. Hoy, Toledo se apresta á honrar tu memoria, y al llamamiento vigoroso de la historia, hace resurgir tu nombre más grande y más ennoblecido, porque nada ni nadie más digno de ese ennoblecimiento que tú, que supiste dejar grabada en la historia artística del mundo la huella gloriosa de tu paso; hoy Toledo viste sus más ricas galas, se adorna con las valiosas preseas de la historia y del arte, rompe el silencio solemne de los siglos, vierte por los labios de piedra de sus preciados monumentos toda la poesía, toda la belleza que los artistas pusieron al dar forma á sus mágicas concepciones,

alza su vuelo gigantesco en pos de un ideal perseguido, y nuevo titán, escala el Olimpo sagrado, honrándose asimismo, al honrar la memoria del preclaro artista; sonó para la imperial ciudad en el reloj de la historia la hora sagrada de recogimiento de almas; la hora en que habían de pregonar con voz potente, que aún alienta dentro de sus muros el antiguo espíritu artístico que la consagró reina de civilizaciones y razas, que, á golpe de cincel dejaron esculpido su recuerdo grandioso en sus grandiosas obras; persiguiendo ese ideal de progreso y cultura, llega al Centenario abandonando el *estatismo* agobiador que sobre ella pesaba, y entrando en una fase *dinámica*, salta venciendo todos los obstáculos, hasta llegar á la realización de su ideal, y, resurgiendo como Fénix de sus mismas cenizas, se aleja así de la catástrofe rápida y definitiva de su decadencia, de la que nunca está más cerca un pueblo, que cuando pierde la fe en la persecución de su ideales.

1614-1914; el ayer y el hoy, sintetizados en dos cantidades numéricas, pero, que á pesar de su aridez matemática, encierran toda la poesía y la belleza toda de tres siglos de la historia española. ¡1614—el ayer que arrebató una legítima gloria de la pintura! ¡1914—el hoy que, abriéndose paso á través de tres centurias de años, rememora vigorosamente la figura del genial artista, y rodeándola del esplendor debido, viene á rendir el tributo de admiración ante quien legó á la posteridad joyas de inapreciable valor, trozos palpitantes de realismo, páginas gloriosas de la España mística y á un tiempo heroica del siglo XVI!

Y hé aquí, por eso, el que un día, unos cuantos entusiastas de todo lo que significa ennoblecimiento de las bellas artes, se agrupan bajo la bandera de un mismo ideal, y en todas las imaginaciones se agita, y de todos los labios pugna por escaparse el mismo pensamiento: el de conmemorar debidamente el tercer Centenario de la muerte del artista, y el pensamiento se exterioriza y se trasmite de unos en otros, hasta que al fin, en Diciembre de 1912, se lleva á cabo lo que al principio creyérase un sueño, y queda constituida en esta ciudad la Junta organizadora del Centenario del «Greco».

De lamentar es, que por unas ú otras causas, esta primera Junta permaneciera inactiva justamente un año, hasta que á repetidas instancias y excitaciones del Sr. Cano, Concejal de

este Ayuntamiento, el Alcalde reúne á todos los individuos que la constituían, en su despacho oficial, y logrando aunar los esfuerzos de todos, queda definitivamente formada dicha Junta, á reserva de que el Patronato del «Greco», designara quien había de sustituir en la Presidencia al eminente pintor don Joaquín Sorolla, que hasta entonces había venido desempeñándola, y, una vez acordado que este cargo se confiriera al Excelentísimo Sr. Conde de Cedillo, desaparecen los temores de que, el desaliento de unos y el indiferentismo de otros, pudiera malograr la realización de tan magna obra, pues, poniendo dicho Sr. Conde á contribución todas sus energías, y secundado eficazmente por toda la Junta, y de modo particularísimo, por D. Angel Vegue, en Madrid, y por el Alcalde de esta ciudad don Félix Conde y D. Andrés Alvarez Ancil, en Toledo, logran hacer desaparecer los obstáculos todos no insuperables, pero sí suficientes á entorpecer la marcha progresiva de aquella idea, y se llega al período álgido, al momento de desarrollar los planes profundamente estudiados, y el Centenario tiene efectividad, empieza á tener vida propia, y los esfuerzos de todos se ven coronados con el primer acto realizado, con la celebración de la primera conferencia preparatoria en el Paraninfo del Instituto General y Técnico de esta capital.

Para esto hacía falta un hombre, fervoroso entusiasta del pintor cretense, un hombre, que, identificado con el arte, pudiera levantar su voz para proclamar la excelsitud del «Greco», el genial artista que supo difundir con sus pinceles, como antes os decía, el espíritu místico y á un tiempo heroico de la España del siglo XVI, y este hombre, que había de entonar las primeras alabanzas al pintor griego en la ciudad misma donde diera inmortalidad á sus soberbias creaciones pictóricas, no podía ser otro que aquél que consagró años y años, los mejores quizá de su vida, al estudio de la vieja é imperial Toledo, en sus más recónditas callejas, reconstruyendo con su imaginación artista y como tal, soñadora, tradiciones y leyendas, desempolvando de entre el viejo archivo de los siglos, las páginas más grandes de su historia, para venir á poner de manifiesto ante nosotros el fruto de tan ímproba labor. ¡D. Manuel Bartolomé Cossío!

Y Toledo, la ciudad legendaria, la vieja urbe en que se suceden unas á otras distintas dominaciones y razas, en la que

los *alarifes* moros levantaron sus grandiosos monumentos que recortan sus perfiles sobre el cielo toledano gloriosamente azul, en los altos minaretes, de cuyos castillos, aún nos parece ver la fantástica silueta de los *muezzines* que elevan sus brazos al cielo y hunden sus frentes en el polvo, al tiempo que lanzan al aire la oración de la tarde; la ciudad que en sus intrincadas callejas guarda recuerdos y tradiciones á las que sirvieron de mudos testigos Cristos de facciones acardenaladas, sacude el indiferentismo que la agobia y acude á rendir debido homenaje al pintor insigne, que, adoptándola por patria, enriquece con las joyas de sus inimitables obras, la corona de su imperial escudo; en la que convive y en la que muere, teniendo tal vez en sus últimos momentos el consuelo de que sus cenizas habrían de reposar eternamente á la sombra de aquellos monumentos que fueron, sin duda, motivo de inspiración artística para el pintor candiota. Y acude á oír en esa primera conferencia los elevados conceptos que, sobre la misteriosa y desdibujada vida del «Greco», está segura de escuchar de labios del elocuente orador, y no ve frustrados sus deseos, pues en ella, el Sr. Cossío describe con maravilloso acento su continuada labor de varios lustros, y en brillantes párrafos, sintetiza la necesidad de que Toledo viva sustancialmente de todos aquellos tesoros acumulados por generaciones pasadas, que son las que han ido creando nuestro espíritu y nuestra alma.

Y no he de seguir paso á paso el curso de las conferencias, porque, ni es tiempo oportuno, ni yo podría hacerlo con la brillantez debida. Ilustres académicos, sabios arqueólogos y arquitectos, distinguidos profesores y virtuosos sacerdotes, cantaron en eruditos y bellos discursos las excelencias del maestro de la pintura y en escogidos temas y brillantes oraciones, los nombres ilustres de Mérida, Sentenach, Latorre, Domenech, Beruete, Bérítens, Vegue, Rodríguez, Garnelo, Lamperez y Reyes, difundieron el conocimiento de tan gran figura artística, cuyo recuerdo guardará esta noble ciudad con la veneración con que los pueblos todos, guardan el de aquellos que les engrandecieron y les ilustraron. Nuevos caballeros de la Edad Media, los señores Conde de Cedillo, Mérida, Ramírez de Arellano y San Román, acuden al torneo literario de las artes y la historia, y en memorable sesión académica, en la que como Juez de campo actúa la



Universidad Central, dignamente representada por el docto Catedrático de «Historia del Arte», D. Andrés Ovejero, contribuyen con sus elocuentes disertaciones al mayor esplendor del homenaje proyectado; las notas graves de la Vigilia solemne se elevaron, entre nubes de incienso, en la Iglesia conventual de Santo Domingo el Antiguo, primer panteón de los restos del pintor; resonaron en las augustas naves de la Iglesia Primada, en maravillosa conjunción, las notas divinas de la música de Mozart, con las notas de los cantores, cuyos ecos se perdieron entre la armonía musical por los ámbitos del templo y el verbo cálido del orador sagrado el Muy Ilustre Sr. D. Francisco Frutos Valiente, hizo flotar en sus grandiosas naves, un algo de recogimiento íntimo, excelso, se alzarán dentro de pocos instantes, en este otro templo del arte que lleva el nombre de un genio que en la literatura corre parejas con el pintor eximio, la palabra maravillosa del elocuente orador D. Andrés Ovejero, rindiendo también su tributo de admiración al «Greco», ilustres artistas como D.^a María Guerrero y D. Fernando Díaz de Mendoza, honra y gloria de nuestra escena española contemporánea, coronarán estas fiestas interpretando magistralmente la producción literaria del Sr. Marquina; habrá de tener resonancia mundial en crónicas y artículos eminentemente literarios, esta fecha gloriosa, en que Toledo injustamente motejada por algunos de inculta y antiartística, demostró de manera elocuente la negación de este aserto aprestándose á honrar el recuerdo de Dominico Theotocópuli el «Greco», y como apoteosis de esta magna obra del Centenario, quedará como testigo mudo, pero elocuente á un tiempo, de la inmortalidad del nombre del pintor, el severo y clásico monumento obra del laureado escultor Sr. Capuz, y que, proyectado por el Patronato del «Greco», ha de ser atalaya constante que á todos haga recordar dos fechas memorables en la historia de la pintura y en la del progreso cultural de la imperial Toledo: la de 1614 y la de 1914.

He terminado.





Excmo. Sr. Conde de Ce-
dillo, Presidente efectivo
— del Centenario —

Universidad Central, dignamente representada por el docto Catedrático de «Historia del Arte», D. Andrés Ovejero, contribuyen con sus elocuentes disertaciones al mayor esplendor del homenaje proyectado; las notas graves de la Vigilia solemne se elevaron, entre nubes de incienso, en la Iglesia conventual de Santo Domingo el Antiguo, primer panteón de los restos del pintor; resonaron en las augustas naves de la Iglesia Primada, en maravillosa conjunción, las notas divinas de la música de Mozart, con las notas de los cantores, cuyos ecos se perdieron entre la armonía musical por los ámbitos del templo y el verbo cálido del orador sagrado el Muy Ilustre Sr. D. Francisco Frutos Valiente, hizo flotar en sus grandiosas naves, un algo de recogimiento íntimo, excelso, se alzarán dentro de pocos instantes, en este otro templo del arte que lleva el nombre de un genio que en la literatura corre parejas con el pintor eximio, la palabra maravillosa del elocuente orador D. Andrés Ovejero, rindiendo también su tributo de admiración al «Greco», ilustres artistas como D.^a María Guerrero y D. Fernando Díaz de Mendoza, honra y gloria de nuestra escena española contemporánea, coronarán estas fiestas interpretando magistralmente la producción literaria del Sr. Marquina; habrá de tener resonancia mundial en crónicas y artículos eminentemente literarios, esta fecha gloriosa, en que Toledo injustamente motejada por algunos de inculta y antiartística, demostró de manera elocuente la negación de este aserto aprestándose á honrar el recuerdo de Dominico Theotocópuli el «Greco», y como apoteosis de esta magna obra del Centenario, quedará como testigo mudo, pero elocuente á un tiempo, de la inmortalidad del nombre del pintor, el severo y clásico monumento obra del laureado escultor Sr. Capuz, y que, proyectado por el Patronato del «Greco», ha de ser atalaya constante que á todos haga recordar dos fechas memorables en la historia de la pintura y en la del progreso cultural de la imperial Toledo: la de 1614 y la de 1914.

He terminado.



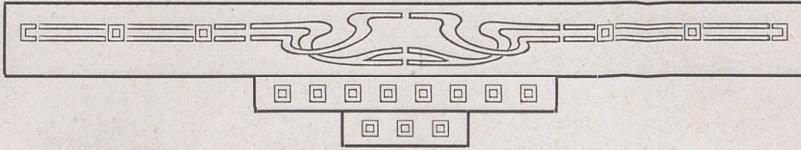


Excmo. Sr. Conde de Ce-
dillo, Presidente efectivo
— del Centenario —


~~~~~

Soneto del Excelentísimo  
Señor Conde de Cedillo,  
dedicado á Doña Jerónima  
de Las Cuevas “Mujer ó  
== amiga del Greco,, ==

~~~~~

Fuiste española. ¿Fuiste toledana?
Le amaste y él te amó; mas ¿mucho ó poco?
Si enloqueció ¿por qué se volvió loco?
¿Fué benigna tu suerte? ¿Fué tirana?

¿Fuiste hermosa? ¿Tu gracia soberana
luciste en las Vistillas ó en el Zoco?
Si discreta te juzgo ¿me equivoco?
Si creo en tu virtud ¿fuiste liviana?

Todo es misterio en torno de tu nombre.
Mas yo tu nombre á difundir me aplico,
por que así no perezca tu memoria.

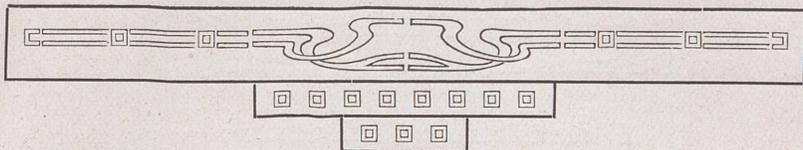
Que si, por ser mujer, para algún hombre
musa fuiste y el tal fué Dominico
te alcanzan los destellos de su gloria.



—————
—————

Sonetos leídos por su
autor el Ecmo. Sr. Duque
————— de Amalfi —————

—————
—————



I

¡Salve egregia ciudad! Patria adoptiva
Del portentoso vástago de Creta
Que somete al matiz de su paleta
Del linaje español el alma viva:

Tú, insomnes ojos de mirada altiva;
Tú, amarillentos pómulos de asceta,
En negro fondo de mansión escueta
Alumbrada por lágrimas de oliva.

Ofreces como espléndido tesoro,
Aun en el cenit de la edad de oro
Del sorprendente Imperio Castellano,

Al que, con grises de penumbra ingrata,
Vence el azul y humilla la escarlata
De los ducales lienzos del Tiziano.

II

El, con verdores de arrayán de Grecia,
Teje el manto de pálida matrona
A cuya larga sien ciñe corona,
Escándalo quizás de turba necia.

El, con pupila perspicaz desprecia
O con rebelde audacia desentona

El ocre del Cagliari de Verona
Y el carmín del Robusti de Venecia.

El, resolviendo con indócil mano
Sombras de noche y claridad de día
Para gloria y honor del arte hispano,

Graba la fe de las tenaces gentes
Que llevaron la Excelsa Eucaristía
A redimir ignotos continentes.

III

Y epilépticos Santos, Confesores
Revestidos de lívidas estolas,
Rostros convulsos, raras aureolas
Que irradian arbitrarios resplandores.

De macilenta faz Inquisidores
Ahogados por los rizos de las golas;
Altaneras figuras españolas
Saturadas de místicos ardores.

El agrupa de Orgaz en el sepelio,
Agolpa de Jesús en el Espolio,
Arrastra en pos del núlite Mauricio...

¡Y su pincel comenta el Evangelio,
Aguza la piedad, exalta el Solio,
Glosa el amor, acendra el sacrificio!

IV

¡Salve Corte Imperial! ¡Salve Toledo,
Del Padre Tajo por las hondas cinto!
De la columna de las Cortes plinto
Que la Fama señala con el dedo!

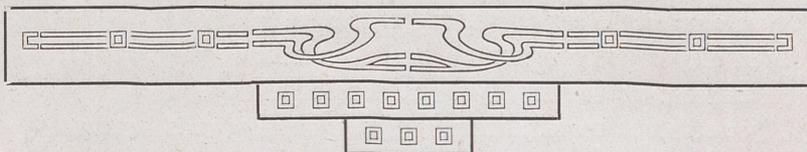
En tí palpita el corazón sin miedo
De la España feraz de Carlos quinto,

Y el gigante Pintor del Laberinto
Templa en tus calles su mental denuedo.

Tú de sus ojos el cristal hechizas,
Tú de su genio el resplandor te abrogas
Al arcáico tañer de tus campanas

¡Y amoroso recoges sus cenizas,
Al par que tus antiguas sinagogas
El eco de las vísperas cristianas!





¡Almas inquietas!

Greco, hidalgo y soñador,
Es el artista único, ¡venid á él!, poetas,
músicos, pintores, él aprendió las ciencias
del supremo dolor y del supremo amor.

Madonnas, divinas vírgenes dolorosas,
siempre evocación, ¡siempre!, del trágico Calvario;
vuestro llanto se tiende sobre todas las cosas,
llora sobre el pañal y humedece el sudario.

Greco, hidalgo castellano,
nos enseña el enorme arcón tradicional
donde duermen el sueño de un día ya lejano,
la espada del guerrero con la mitra abacial.

Hidalgos; de almas como los cuerpos, secos
pero fuertes y altivos, como no volveréis,
no os podrá ver el arte de los futuros Grecos,
pero el primero basta, ¡buen panteón teneis!

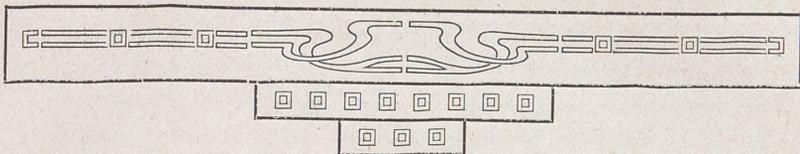
Greco, hombre de misticismo,
expresión de los éxtasis de San Juan de la Cruz,
vió la negrura y miedo del más profundo abismo,
y vió en cielos soñados la más radiante luz.



Greco, regio rey de reyes, tu nombre
es la mejor historia para un pueblo cristiano,
¡el entierro de Orgaz! ¿Qué otra lección al hombre?
¿Qué otra voz más inmensa? ¿Qué otro altar más humano?

¡Almas inquietas!
Greco, hidalgo y soñador,
es el artista único, ¡venid á él!, poetas,
músicos, pintores, él aprendió las ciencias
del supremo dolor y del supremo amor.





Un día del mes de Diciembre de 1323, la imperial ciudad de Toledo presentaba un aspecto distinto del de ordinario. Por sus torcidas calles, por sus revueltos callejones, por sus reducidas plazas, una multitud curiosa, desbordaba en dirección al sitio donde estaba situado el Convento de Santo Tomé. En aquella multitud que apresurada corría, notábanse las huellas de una honda preocupación. No era la muchedumbre bulliciosa que en días de fiesta de precepto ó de júbilo nacional, corría á presenciar embobada festejos preparados por la ciudad para diversión del pueblo, ó la entrada de algún personaje histórico de aquellos que con frecuencia venían á postrar su grandeza ante la Virgen soberana del Sagrario, ó á poner á sus pies trofeos gloriosos alcanzados en la guerra. Un velo de tristeza invadía todos los semblantes; sus ojos estaban apagados, sus labios mudos: ni la sonrisa los dilataba, ni palabras alegres los desplegaban.

Bastaba fijarse un poco para comprender que aquel día no era de placer ni de algazara, sino de duelo.

Y de duelo era, en efecto. Había muerto uno de los más ricos, más nobles y más venerables caballeros de la nobleza toledana: Reputado por sus virtudes, tenido en mucho por sus talentos. No sólo á un rey, sino á tres reyes había servido, y los tres le colmaron de mercedes por su lealtad ejemplar, agradeciendo los grandes servicios que á su trono había prestado. Sancho el Bueno, D.^a María de Molina y Fernando IV, eran los reyes. D. Gonzalo Ruiz de Toledo, se apellidaba el Caballero, señor de Orgaz y Canciller de Castilla.

Retirado al reposo de un hogar tranquilo, cuando las circunstancias del reino lo permitieran y la edad se lo impuso, vivió en paz sus últimos años entregado á la práctica de virtu-

des domésticas y de devoción, preocupándose exclusivamente de derramar el bien en torno suyo, tal como el sol vierte su luz y su color en todas las tierras sobre que extiende su dominio. La muerte había llegado para él como llega para todos los seres sujetos á su ley inexorable; pero había llegado sosegada y tranquila, en la seguridad de que había de ser acogida con resignación y recibida sin protesta. El noble Caballero no tenía por qué espantarse de su aspecto, ni por qué temer las caricias de su hoz igualitaria. Para él, como para todo cristiano convencido, la vida no es más que un tránsito, un período de destierro en que debemos prepararnos á oír gozosos la voz que anuncia el término de la prueba á que la divina voluntad nos ha sometido. La muerte así considerada, es una redención, es el perdón que cae como bienhechor rocío sobre nuestra cabeza culpable. Don Gonzalo lo creía así; la muerte no le amedrentaba: lejos de eso, la había visto, no en forma de esqueleto pavoroso blandiendo la simbólica guadaña que siega vidas en el campo de la humanidad como el segador corta espigas en los campos bañados por el sol, sino en forma de un ángel de triste sonrisa, de aspecto sereno, porque diariamente contempla muchos dolores y caen sobre sus vestiduras muchas lágrimas; de alas entreabiertas prontas á desplegarse en el espacio azul en cuanto el alma del que muere deja el cuerpo que la aprisiona durante su existencia, y á llevarla á los pies del Supremo Juez que ha de decretar su destino ayudado de la misericordia más que de la justicia.

Su muerte, pues, había sido la de un justo. Nada tenía que reprocharse; las demás obras habían borrado, sin duda, sus pecados en el libro en que el ángel de la justicia apunta las acciones de los hombres. Había practicado el bien, no por ostentación ni por capricho, sino por el bien mismo, y lo había practicado con fe, con amor al prójimo y atendiendo á un tiempo á los cuerpos y á las almas; á la vez que daba limosnas á los pobres, levantaba templos á Dios, templos en que se santificaba su nombre, se cantaban sus alabanzas y á diario se recordaban sus Misterios. Dios había acogido su sacrificio como en los tiempos bíblicos acogió el de Abel, bendiciendo su obra, y concediendo aquí, en sus últimos años, el descanso á sus miembros fatigados por la tenaz lucha de la vida, y la paz á su alma que no llega-

ron á turbar nunca las tempestades del mundo. Había muerto en la calma del Señor. Su cuerpo, descansaba en la Iglesia de Santo Tomé, edificada por él á sus expensas, como otras que había levantado en la misma ciudad consagrándolas á San Agustín y San Esteban, escogidos por él como patronos entre todos los del Paraíso. Sus deudos velaban su último sueño, esperando la hora en que había de recibir cristiana sepultura á los pies del mismo templo, porque en su humildad no había querido lugar más eminente para depósito de sus restos.

Las campanas de todas las iglesias tañían tristemente, con ese tañido que resuena con eco terrible en el corazón de los que lloran la muerte de un ser querido. Doblaban y parecía que en sus sonos había sollozos y gemidos que vibraban en el ambiente contribuyendo á la universal tristeza. El día estaba radiante. El sol brillaba en lo alto destacando su globo de fuego en el fondo purísimo de un cielo azul que no empañaba la más ligera nube, como si quisiera demostrar con ello, que mientras todo era dolor y desconsuelo en la tierra, allí en el Paraíso, todo era en cambio júbilo y alegría.

Y la multitud seguía acudiendo á la plaza de Santo Tomé; los que por su rango podían tener entrada en el templo, colocábanse en las anchas naves, ocupando el sitio á que le daban derecho su parentesco ó su amistad. Los que no podían aspirar á tal honor, se desperdigaban por las desembocaduras de las inmediatas calles buscando cada cual un resquicio, el umbral de una puerta, ó el hueco de una ventana, el asiento empolvado de un poyete, ó la sombra de un cobertizo, para ver á los que entraban y la llegada de los que acudían con sus criados, los más, solos los otros, todos tristes, todos severos, todos llevando, al parecer, el luto en el corazón como realmente lo llevaban en las ropas.

De la alta torre árabe que levantara la piedad, elevándola sobre las casas vecinas, para llevar á mayor altura la santa cruz del Redentor que la corona, caían como lágrimas los sonidos de las campanas, pausados y solemnes. Aquellas campanas que tantas veces saludaron vocingleras la llegada del generoso fundador, repicando alegres en las funciones religiosas que lleno de unción devota presidía desde un asiento en el presbiterio,

sonaban ahora lentas, como si la emoción humana embargara su lengua de bronce. Eran entonces sus sonidos como esas tartamudeces del dolor que quieren hablar y no pueden porque las lágrimas invaden la garganta y ahogan la voz.

Cuando ya no hubo sitio para nadie en la plaza ni en las callejas inmediatas; cuando ya no cabía persona alguna en las ventanas ni en los balcones, la multitud quedó en silencio.

La campana seguía sonando y ahora anunciaba el momento solemne del enterramiento, en que la materia privada del rayo divino que la animó, vuelve al polvo de que la sacó la voluntad santa, en que la forma desaparece para siempre de la vista del hombre, en que difícilmente se rompen los lazos que unieron al que se fué y á los que quedan.

Dentro de la iglesia notóse un movimiento general. Abierta estaba ya la fosa pronta á recibir el cuerpo del difunto caballero; en el sitio que le fuera designado, los que debían presenciar el fúnebre acto; junto al hueco de la tumba, preparados á pronunciar las palabras augustas con que la religión despidе al cuerpo que se hunde en el seno amoroso de la madre tierra, el párroco y el coadjutor; aquél, con el santo libro en las manos, éste, con el hisopo que regará de agua bendita santificándola así la sepultura del cristiano. Enfrente de ellos un pajecillo, en cuyo rostro se veía la conciencia infantil con que la vida que empieza asiste á estos misterios de la vida que acaba, sostenía un hacha, cuya luz vacilante daba reflejos de oro á su aspecto juvenil.

Dos caballeros, de los más amigos de D. Gonzalo, se adelantaron para coger el rígido cuerpo y depositarlo en la sepultura.....

Pero entonces ocurrió un hecho extraño, inexplicable. Sin saber por donde, aparecieron á los pies del templo, un anciano revestido de hábitos pontificales, en la cabeza, la mitra bordada de oro, sujeta al pecho la capa pluvial riquísima, el semblante bondadoso, de luenga barba, las manos ágiles; y un mancebo en los albores de la adolescencia, revestido de diácono, también con bordada dalmática y descubierta la cabeza infantil: eran San Agustín y San Esteban, tales como los representaron los primeros pintores cristianos que trasladaron al lienzo la visión celestial de aquellos santos reverenciados por la Iglesia. Sus manos apartaron á los caballeros, levantaron del suelo el cuerpo, y

blandamente lo dejaron en la sepultura, mientras una voz que no era del mundo decía: «Tal galardón recibe, quien á Dios y á sus santos sirve.»

Y la campana de la Iglesia, sin que manos humanas la tocaran, cambiaba el clamor funeral que hasta entonces ejecutaba, por un toque de gloria como no percibieron jamás oídos humanos y que era un himno de eterna vida, de eterna juventud, de eterna gloria, canto de hosanna, canto de aleluya, sustituyendo á la queja sombría y desoladora de la muerte.

Los circunstantes, se quedaron extáticos, incapaces de hacer ningún movimiento, de pronunciar una palabra ni siquiera de doblar la rodilla ante el milagro y hundir su frente en el polvo ante el Misterio. Sólo pudieron alzar los ojos al alto y allí presenciaron un espectáculo maravilloso; como si el techo del templo se hubiera levantado y el cielo se hubiera abierto, vieron, sí, y fué otro milagro el que sus ojos, ante tanta luz y tanto fuego no cegaran, vieron como el alma trémula, el alma desnuda y vacilante de D. Gonzalo, se presentaba ante su Juez esperando su fallo; y como la Santa Virgen la acogía, como Jesucristo la tendía los brazos, como los ángeles cantaban y tocaban músicas inenarrables para celebrar la entrada del Justo en la casa de su Padre..... los ecos de esa música caían como rocío divino sobre todos, los envolvían, á la vez que los resplandores de la luz increada llenaban de fuego sus pupilas.

Cuando las músicas cesaron, cuando se cerró el cielo y los Santos Agustín y Esteban desaparecieron, y las campanas de la torre dejaron de tocar, sólo entonces cayeron todos de rodillas y balbucearon una plegaria.

Fuera la multitud, también había caído de hinojos y rezaba. El Misterio había pasado sobre sus cabezas envolviéndolas en una oleada de perfume y armonía. Rezaban y lloraban. Rezaban por el muerto caballero, y lloraban por sus propios pecados que habían visto á la luz deslumbradora del milagro.

II

Doscientos sesenta años habían pasado desde aquel día memorable que quedó escrito con caracteres de fuego en el

corazón de los toledanos. La tradición seguía viviendo, con esa vida de los viejos recuerdos populares, que se renueva á cada generación y ni aun muere con la raza que la creó, porque su vida es vida perdurable y se conserva en el espacio y en el tiempo. Para conservar si hiciera falta su memoria, quedaba en el templo que había sufrido ya algunas transformaciones, la tumba de D. Gonzalo, y sobre ella, una lápida que contenía una inscripción, fiel narradora del hecho memorable.

Esto, sin embargo, no satisfacía al Párroco de la Iglesia, Andrés Núñez de Madrid, que celoso de tantas glorias, quería reproducir la escena de que había sido teatro el viejo templo de Santo Tomé. Y para ello, buscó un pintor que trasladase al lienzo, dándole vida, el relato de la inscripción.

Vivía entonces en Toledo, y era entonces objeto de admiración universal un gran pintor, extravagante en su vida y en sus costumbres, extranjero de origen, pero toledano de adopción, tenido en mucho en la ciudad que se enorgullecía con sus obras. Poco es lo que se sabía, mucho lo que se ignoraba de su vida. Que era griego, natural de Candia, en Creta, y se llamaba DOMINICO THEOTOCÓPULI; que había estado en Venecia y en Roma, donde fué discípulo del Ticiano y del Tintoreto; que había venido á practicar su arte y que se había quedado: esto era todo.

Ni él hablaba nunca de su pasada vida, ni de las causas que le trajeron á este rincón del mundo, ni nadie se atrevía á interrogarlo, que no era hombre que se prestara á interrogatorios.

Contábanse de él cosas extrañas, como por ejemplo, la ostentación con que vivía, pagando músicos que le recrearan con la magia de sus instrumentos mientras comía. Dura era su condición y de poca blandura su carácter, pues siempre andaba metido en pleitos y disputas, con los que le encargaban cuadros que él hacía á conciencia y le pagaban á regañadientes; que era celoso de los prestigios de su arte por los que riñó grandes batallas. Y á esto puede decirse que se reducía lo que se sabía de él en la ciudad; no otra cosa ha llegado hasta nosotros.

Pero si el hombre no era atrayente, el pintor era inimitable. Conocía el secreto de trasladar al lienzo, no sólo la figura de los personajes, sino su alma, y cada uno de sus retratos era una

maravilla, cada uno de sus cuadros alcanzaba un triunfo resonante, como el magnífico del Espolio, que pintó para la Sacristía Mayor de la Catedral.

Y á este pintor acudió el venerable sacerdote, y con él trató, acordando el precio y el plazo en que la obra debía ser entregada. EL GRECO, por este apodo conocido, empezó á trabajar poniendo en aquel cuadro toda su fe de católico, toda su conciencia de artista. Nadie le vió mientras duró su laboriosa gestación. Un día, por fin, dió por terminada su tarea. Se fijó el día de la exposición del cuadro..... y aquel día, el templo se llenó de gente, como se había llenado doscientos sesenta años antes. Las personas principales de Toledo estaban allí, descendientes de los que vieron el Milagro. La campana sonaba también anunciando á toda la ciudad la fausta nueva.

Cuando llegó la hora marcada, el artista, con mano firme y segura, que no temblaba, porque él tenía la conciencia de su valor, tiró del velo que ocultaba el cuadro, y á pesar de la oscuridad del lugar, un grito se escapó de todos los pechos. La escena conservada por la tradición viviendo en la memoria del pueblo, había tomado forma, y estaba allí palpable, imponente en su sombría majestad. Allí los santos sosteniendo el cadáver del viejo Conde, los caballeros arrobados y en éxtasis, el sacerdote y su acólito abriendo los ojos al cielo, el pajecillo con su cirio encendido. Y en lo alto, el cielo rasgándose de pronto y apareciendo en él la escena del juicio del alma, y Cristo, la Virgen, los Angeles, uniéndose esta parte celestial con la terrena en la unidad maravillosa del simbolismo cristiano, siendo la parte superior el obligado complemento de la inferior, constituyendo ambas un todo armónico que la gente no se cansaba de admirar.

La tradición se había hecho carne y se ofrecía á todos espléndida de verdad y de hermosura. El arte, hijo legítimo de Dios, había hecho un milagro reproduciendo el de la fe.

III

Han pasado más de trescientos años desde entonces. La tradición ha resistido el empuje de la incredulidad; la pintura

ha rechazado las injurias del tiempo y el descuido de los hombres.

Y en la pequeña Iglesia de Santo Tomé están, y allí estarán, y allí perdurarán los dos milagros; el milagro de la fe y el milagro del arte; los dos igualmente grandes, igualmente extraordinarios, igualmente también incomprensibles.





D. Felix Conde y Arroyo,
Alcalde de Toledo, Pre-
sidente de la Comisión
ejecutiva del Centenario

ha rechazado las injurias del tiempo y el descuido de los hombres.

Y en la pequeña Iglesia de Santo Tomé están, y allí estarán, y allí perdurarán los dos milagros; el milagro de la fe y el milagro del arte; los dos igualmente grandes, igualmente extraordinarios, igualmente también incomprensibles.



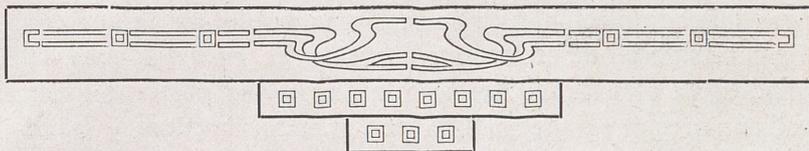


D. Félix Conde y Arroyo,
Alcalde de Toledo, Pre-
sidente de la Comisión
ejecutiva del Centenario

၌ၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်း

Discurso leído por D. Félix
Conde y Arroyo, Alcalde
Constitucional de Toledo

ၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်းၼ်း



Señoras y señores, autoridades y corporaciones, ilustres personalidades que representais el arte y la cultura patria:

Sólo el cumplimiento de un deber ineludible como Alcalde de Toledo, puede disculpar mi atrevimiento al alzar mi voz en esta culta asamblea, en donde los elocuentes y bellos pensamientos de los oradores y poetas, han de tejer, en esta noche, la inmarcesible corona de gloria, al insigne pintor cretense, con motivo del tercer centenario de su muerte.

Corona llena de vida y belleza soberana, que la otorgan las hermosas damas que á este acto concurren, orlando, cual flores de matices varios y delicado aroma, el espíritu sublime del inmortal artista que supo, cual nadie, con intuición de iluminado y gallardía de forma, expresar los más puros y delicados sentimientos de amor, religiosidad y belleza, que son patrimonio del alma de toda mujer, que cual la de la española y toledana, se han moldeado en el culto sublime de Dios, de la familia y del arte.

Acudísteis todos á la imperial Toledo y os congregais también en esta literaria fiesta, al mágico conjuro de un acontecimiento mundial, que, glorificando al genio y evocando el arte, se rinde á la memoria del inmortal artista, y yo, el más humilde de los toledanos, no puedo permitir nos separemos, sin que mis pobres frases lleguen á vosotros sin prestigio alguno, por salir de los labios que las pronuncian, pero engrandecidas, sí, por la representación que inmerecidamente ostento.

Es Toledo, quien os habla, son el recuerdo de su grandeza y de su historia, es la poesía y la belleza que vaga y se aspira, como perfume que nos seduce y embriaga, en sus morunos callejones y sus medioevales cobertizos, es el vibrar del alma, que en sus

maravillas arquitectónicas y en sus joyas de pintura, infundieron el genio inmortal de esclarecidos artistas, es, en fin, la soberana grandeza de esta ciudad hermosa, quien en mis palabras quiere testimoniaros el agradecimiento por vuestro concurso y la admiración por vuestros trabajos.

El vecindario de Toledo acogió con entusiasmo, desde el primer momento, la idea de honrar la memoria del artista, y es que el Toledo actual, que labora y trabaja, que á pasos agigantados progresa en el camino de la cultura en armonía á las exigencias del moderno vivir, siente palpar sus corazones al latido inefable que produce la contemplación de la belleza, evoca lo que fué con el respeto de la veneración, se honra y se ufana honrando su pasado y pese á campañas infames é insensatas, adora el arte como suprema manifestación del divino soplo que el creador pusiera en el alma de los privilegiados, en sus designios.

Toledo, por mi conducto, os saluda, y con sincero sentimiento de la hidalguía castellana, agradece de corazón la ayuda y el concurso que todos, propios y extraños, habeis prestado, desde la persona augusta de Su Majestad el Rey, Presidente de Honor de este Centenario y las altas representaciones del Estado, al humilde ciudadano, para honrar debida y cumplidamente la memoria del Greco.

Labor molesta para los interesados, aunque grata para mí, sería la de puntualizar al detalle todas las entidades y particulares que, con entusiasmo, desinterés y fervor, nos han prestado su leal concurso, pero séame permitido que por excepción rinda un especial tributo de gracias al Patronato del Museo del Greco, que, con el Excmo. Ayuntamiento de Toledo, han sido los iniciadores de esta obra magna, y á la Junta organizadora de este Centenario, porque todos y cada uno de los individuos que forman aquellas entidades, han luchado con ardor y fe para la realización del fin que todos nos proponíamos, secundando con ánimo, nunca decaído, las iniciativas y el trabajo laborioso é inteligente de los Sres. Conde de Cedillo, D. Andrés Alvarez Ancil, D. Emilio Bueno y D. Angel Vegue, Presidentes y Secretarios de la Junta organizadora y Comisión de festejos, y que han puesto á contribución todas sus energías y talento y una ardua

y constante labor que bien merece la particular mención, que, aun á riesgo de ofender su modestia, me permito hacer como expresión de público agradecimiento.

La labor ha sido dura, la lucha empeñada, pero el triunfo se ha conseguido, y las fiestas del Centenario se han realizado, siendo de ellas hermosa síntesis y bello epílogo, la que ahora celebramos, engrandecida y avalorada con la intervención de literatos, críticos y artistas, cuyos merecimientos yo no he de ensalzar, porque mi torpe palabra no puede elevarse á la altura que ellos se encuentran, rindo á todos, en nombre de Toledo, público testimonio de gratitud, que es también deber en mí especializar á los incomparables artistas Guerrero-Mendoza, al notable autor dramático Sr. Marquina y al sabio y elocuente Catedrático de la Universidad Central Sr. Ovejero, que pronto nos entusiasmarán con su ingenio, su cultura, su arte incomparable y su maravillosa elocuencia.

Nuevo timbre de gloria para Toledo ha de ser la página brillante que, con el tercer Centenario del Greco, escriba en su historia el pueblo de Toledo, pueblo motejado por alguien que no le conoce, pero que ahora, como siempre que se trata de enaltecer sus glorias pretéritas y por un legítimo impulso de dignidad ciudadana, se asocia con concurso de ideas, alma y vida al homenaje de sus esclarecidos hijos, rindiendo culto al arte y á la belleza, medio hermoso en que desenvuelve su actualidad diaria.

No es, pues, extraño, que, á tan noble y alto proceder de este pueblo toledano, hayan respondido prestando su eficaz cooperación, las más altas capacidades de la intelectualidad española que, en solemnidades ya pasadas y en la que estamos celebrando, nos han legado para la historia de esta ciudad frutos precia- dos de su hondo pensar y bello sentir.

En las futuras efemérides gloriosas de esta fecha, esos nombres ilustres correrán unidos á la historia de la imperial ciudad que hoy rinde un cálido y sentido tributo de agradecimiento, en expresión sincera de amor y respeto á los insignes cronistas y cantores de sus glorias.

Estas fiestas del Centenario, que hoy terminan, lo hacen tan sólo en apariencia; queda la tierra sembrada con la fecunda

semilla que dará por fruto la continuación en ese amor á todo lo bello y grandioso, y en el recinto de este suelo hidalgo, en que se crean los futuros Oficiales de la valerosa Infantería, defensores heroicos de la Patria, se continuará trabajando por España, que de igual suerte que se ensalza la Nación entregando en su defensa la sangre generosa de sus hijos, se añaden laureles á su corona con las maravillosas concepciones artísticas y los sabrosos y fecundantes frutos del trabajo honrado.





